

“EL ESPÍRITU DE LA COMPAÑÍA ES EL ESPÍRITU DE MARÍA”

Segunda parte: EN MISIÓN CON MARÍA

Manuel José Cortés sm
XIV Superior General Compañía de María (Marianistas)

Circular Nº 2

Queridos hermanos:

Aquí os presento la prometida segunda parte un año después de la primera *-En Cristo con María-*, completando así las reflexiones sobre nuestro carisma que, bajo el título *El espíritu de la Compañía es el espíritu de María*, he tenido a bien ofreceros como una sencilla contribución a la renovación de nuestra vida marianista. Espero que el tiempo transcurrido entre ambas partes haya permitido la asimilación pausada de lo que en la primera se exponía, condición previa para una justa comprensión de lo que sigue. Al menos, ésta era mi intención cuando decidí separar las dos entregas.

Dediqué la primera a reflexionar sobre nuestra conformidad con Cristo. Todo lo que somos y vivimos los religiosos arranca de ese misterio, como nos recuerda nuestra Regla de Vida. Y, en particular, reflexioné sobre el papel que en dicha conformidad tiene María, tal y como lo percibí y vivió el beato Guillermo José Chaminade, porque es ahí donde tiene su raíz nuestro carisma marianista. Pero quedó pendiente desarrollar la dimensión misionera del mismo, que brota de esa misma raíz y que es igualmente esencial en nuestra vida.

Nuestra conformidad con Cristo, nuestra identificación con él, nos identifica también con su misión, nos transforma en servidores del Reino, en misioneros del evangelio. “Nuestro fin es llegar a la conformidad con Él y **trabajar por la venida de su Reino**”, afirma nuestra Regla de Vida, porque el “Hijo de Dios se ha hecho Hijo de María **para la salvación de los hombres**”¹. Nuestra conformidad con Cristo comporta nuestra entrega, con él, a la salvación de la humanidad. La dimensión misionera de nuestra vida es, pues, un rasgo esencial que no podemos dejar de vivir y cultivar. Somos connaturalmente misioneros -“¡Todos sois misioneros!”-, repetía con frecuencia nuestro Fundador-, servidores de la redención. Y los somos hasta la muerte.

Esta divisa del P. Chaminade y la memoria de su pasión por la misión me han acom-pañado constantemente durante la elaboración de estas páginas. Y de un modo particular se me ha hecho muy presente su apego al título de “Misionero Apostólico”, que la Santa Sede le confirió a la vuelta de su exilio en Zaragoza. Significaba tanto para él que solicitó del Papa la gracia de que sus sucesores lo heredáramos, para recuerdo perpetuo de que la Compañía no tiene otra razón de ser que la misión. Gregorio XVI respondió a su petición con un Breve Pontificio, lleno de reconocimiento por su espíritu apostólico y el de toda su obra, por el que, entre otros favores, le concedía el título a perpetuidad para él y para sus sucesores ².

El Breve del Papa fue ocasión para que el P. Chaminade volviera a recordarnos el carácter misionero de nuestra vocación marianista. Si había pedido el título de “Misionero apostólico” para sus sucesores, no era para que éstos lo ostentaran como privilegio personal, para sí mismos, sino en representación de la Compañía, de todos los hermanos y de todas las obras. Lleno de alegría, en la circular con la que comunicaba a la Compañía la concesión de este “insigne privilegio”, escribía:

“El título y la cualidad de Misionero apostólico, del que tengo el honor de estar yo mismo investido, les recordará siempre (a mis sucesores), lo mismo que a vosotros, que **nuestra obra es una misión**, una derivación y participación del apostolado de Jesucristo. **Todos nosotros somos misioneros**. Los simples Hermanos laicos y las Religiosas Hijas de María son también misioneros, todos misioneros católicos, reconocidos por la Santa Sede.”³

La llamada a la misión, tan insistente y tan imperativa por parte de nuestro Fundador, se nos hace particularmente urgente en el mundo de hoy. Los últimos Capítulos generales, se han hecho eco de ella de modo persistente. *Misión y cultura* (1991), *Camino de esperanza* (1996), *Enviados por el Espíritu* (2001), *En misión con María* (2006), son todos ellos documentos de clara perspectiva misionera, en los que se nos invita a responder a los nuevos retos de la evangelización en nuestro mundo, desde la perspectiva de nuestro carisma, con creatividad y audacia misioneras.

Necesitamos, pues, renovar y revitalizar el **ardor misionero** que deriva de nuestra vocación. Y para ello, es obligado descender al manantial de donde brota y beber del agua del espíritu que lo anima. Es tarea a la que todos debemos entregarnos con denuedo. Sólo así podremos ser fieles a lo que el Espíritu nos pide aquí y ahora. Las reflexiones que siguen quieren ser una pequeña contribución en este empeño. ¡Ojalá puedan servir de ayuda!

La circular consta de cinco apartados:

1. “Servidores y ministros” de María.
2. La misión de María, misión de la Iglesia.
3. La misión marianista, al servicio de la Iglesia.
4. La particular contribución de la misión marianista a la misión de la Iglesia.
5. María en el anuncio marianista de la Buena Nueva.

Los tres primeros tratan de recordar el marco, carismático y eclesial, en el que se inserta nuestra misión. El cuarto es el nuclear y más extenso. En él expongo los rasgos que la definen, fundamentándolos evangélicamente en una contemplación pausada de María en las bodas de Caná. El último, a modo de conclusión, muestra la importancia y la necesidad de la presencia de María en el anuncio del Evangelio.

1. “Servidores y ministros” de María.

Aunque, efectivamente, la pasión misionera marcó con su sello la vida y la acción del Beato Guillermo-José Chaminade, no es eso lo que le caracteriza y distingue en el panorama eclesial. El fervor misionero es inherente a toda vida cristiana auténtica. “¡Ay de mí si no evangelizara!” decía el Apóstol **4**. Toda la Iglesia, Cuerpo de Cristo, a través de todos y cada uno de sus miembros, es (¡debiera ser!) misionera **5**. Lo que le hace singular en su ser misionero es su inspiración mariana.

Como expuse en mi anterior circular, lo carismático en él es su forma de comprender y vivir a María desde la misión y para la misión. Su fervor misionero le lleva a contemplar a María desde la perspectiva de su participación en la obra redentora del Hijo, de su papel en la Historia de la Salvación. Y viceversa, esa contemplación es precisamente la que lo inspira y lo nutre **6**. En su apostolado se consideraba servidor de la misión de María, y su propósito fundacional no tuvo más motivo que el de responder a la inspiración de ofrecerle los servicios de una familia entregada a ella. Basta recordar aquellas vehementes frases de su carta a los predicadores de retiro en agosto de 1839, en plena euforia tras el decreto laudatorio de la Santa Sede sobre los dos institutos por él fundados: “A Ella (María), está reservada en nuestros días una gran victoria, a Ella corresponde la gloria de salvar la fe del naufragio de que está amenazada entre nosotros. Nosotros hemos comprendido este designio del cielo, mi querido hijo, **y nos hemos apresurado a ofrecer a María nuestros débiles servicios para trabajar a sus órdenes y combatir a su lado.**”⁷

El Capítulo General de 2001, parafraseando la Regla de Vida, nos ofrecía una buena síntesis de este rasgo fundamental de su carisma: “En la intuición original del P. Chaminade, María ocupó un lugar preferencial. En alianza con Ella se lanzó a la misión de formar un Pueblo de Santos

que viviera el Evangelio con el fervor de la primera comunidad cristiana. En el corazón de su espiritualidad y de su entusiasmo evangelizador se halla la convicción de que a Jesús se llega con María, quien colabora con el Espíritu Santo para conformarnos con su Hijo. Nos consagramos a Ella para prolongar en la tierra su caridad maternal y así lograr que Cristo, su Hijo, crezca y se constituya en centro de toda la creación. De esta forma los marianistas contribuimos a que el Reino de Dios se haga presente en la historia.”⁸

Efectivamente, siguiendo a nuestro Fundador, los marianistas nos sentimos llamados por Dios a prolongar la misión de María en la historia. Somos “sus humildes servidores y ministros” - así nos definía el P. Chaminade en las primeras Constituciones **9**-, sus aliados. Y confirmamos esta alianza con un voto especial, el de estabilidad, por el que “nos comprometemos irrevocablemente al servicio de María, Madre de Dios y Madre nuestra” **10**, siguiendo al Señor en una Compañía que le pertenece **11**. Esta es nuestra razón de ser.

En consecuencia, “para comprometernos en la nueva evangelización, uno de nuestros grandes desafíos es volver a descubrir a María en nuestra vida y darle el lugar que le corresponde”, nos recordaba el Capítulo General de 2001. Y añadía: “para lograrlo, necesitamos desarrollar una espiritualidad mariana fundada en la Escritura, que impregne toda nuestra vida, porque María, abierta a la acción del Espíritu Santo, es el modelo de vida de fe al que el P. Chaminade nos remite como personas y como comunidades. Ella es la que nos envía a la misión. Siguiendo las huellas del Fundador, debemos vivir una relación profunda con María y reemprender el camino de santidad para la misión.” **12** Y, en la misma línea, el último Capítulo General, cuyo documento lleva precisamente el título *En misión con María*, nos exhortaba a “volver continuamente a la meditación del misterio de María”, “la primera discípula, de cuya cooperación con la gracia dependió la vida del mundo, la mujer que nos enseña a leer los signos de los tiempos, la imagen de la Iglesia y nuestra Madre” **13**. Volver sobre nuestra espiritualidad mariana misionera, a nuestro ser de servidores de la misión de María, para bien discernir y vivir nuestra misión hoy: he ahí el reto.

En este necesario retorno a las fuentes, la pregunta que surge de inmediato es sobre el sentido y las características propias de la espiritualidad y de la acción misionera marianista. Podría formularse así: ¿qué significa y qué consecuencias tiene para nuestra misión, en su vivencia y en su expresión concreta, el hecho de que se defina a sí misma como servicio a la misión de María, siguiendo a nuestro Fundador?

2. La misión de María, misión de la Iglesia.

La adecuada respuesta a la cuestión planteada pasa por recordar, en primer lugar, que la misión maternal de María se prolonga en la Iglesia. “María representa a la Iglesia como madre de los cristianos a quienes da a luz al pie de la cruz, y a la cual Jesús constituye como tal por sus disposiciones testamentarias”, decía nuestro Fundador **14**.

La comprensión y la vivencia de la misión de María y la de la Iglesia van a la par. Ambas hunden sus raíces en el misterio de la encarnación y responden al misterioso designio de Dios por el que, para salvar a la humanidad, busca su colaboración. La penetración de este misterio nos descubre cómo la misión de María, y con ella la de la Iglesia, es indispensable en el plan de salvación de Dios. Y lo es, no porque Dios sea incapaz de redimirnos por sí mismo, sino porque es su voluntad que la persona humana, a quien ha creado con libre albedrío, coopere libremente con su propia redención. Un texto que leí en una ocasión, atribuido, aunque sin cita, al cardenal Schoenborn, arzobispo de Viena, lo expresaba certeramente:

“María es la garante del realismo cristiano.

En ella se manifiesta que la palabra de Dios no sólo fue hablada, sino también escuchada;

que Dios no sólo ha hablado, sino que el hombre ha contestado;

que la salvación no sólo fue presentada, sino también recibida.

Cristo es la palabra de Dios, María es la respuesta.

En Cristo, Dios ha bajada del cielo; en María la tierra se ha hecho fértil.

María es el sello perfecto de las criaturas;
 en ella se ilustra de antemano, lo que Dios quería para la creación.”

En la anunciación, Dios solicita el “sí” de María para dar cuerpo humano al Salvador, revelando así su designio de que la redención acontezca, no *desde fuera* de la humanidad si-no *en y con* ella. Ese “sí” sigue siendo requerido por Dios a lo largo de la historia. Y en él se funda la Iglesia. De ahí que quienes tienen dificultad en captar el papel de María en la acción salvífica de Cristo o lo minimizan o incluso lo niegan, tengan dificultad también en captar el papel de la Iglesia, lo minimicen o hasta lo niegan. Y viceversa.

La Iglesia ha contemplado siempre en María el icono de su propio ser y de su propia misión. Ya en los evangelios, sobre todo en Lucas y en Juan, su presentación como la “Madre del Señor”, la “Mujer”, “Madre del discípulo amado”, muestra claramente cómo ella es el espejo en el que ve reflejado el misterio que la habita y el papel que le corresponde en el plan de Dios. El Concilio Vaticano II, recogiendo la larga tradición que, arrancando de la Escritura y de las profundas reflexiones de los Santos Padres, se ha desarrollado hasta nuestros días, concluye: “La Virgen Santísima, por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, con la que está unida al Hijo Redentor, y por sus singulares gracias y dones, está unida también íntimamente a la Iglesia. **La Madre de Dios es tipo de la Iglesia**, como ya enseñaba San Ambrosio, a saber: en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo. Porque en el misterio de la Iglesia que con razón también es llamada madre y virgen, la Bienaventurada Virgen María **la precedió**, mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre, pues creyendo y obedeciendo engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y esto sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como una nueva Eva, que da fe, sin sombra de duda alguna, no a la antigua serpiente, sino al mensaje de Dios. Dio a luz al Hijo a quien Dios constituyó como primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29), a saber, los fieles a cuya generación y educación coopera con amor materno.”¹⁵

La Iglesia es mariana en su ser más profundo y en su misión. Así pues, cuando decimos que nuestra vocación particular en la Iglesia es la de ser aliados de María en su misión, no queremos decir en absoluto que ésta nos pertenezca en exclusiva. Sería totalmente erróneo interpretar nuestra vocación y nuestra entrega a la misión de María como algo particularmente propio, como algo que se da en la Iglesia “junto a” “otras” llamadas para “otras” misiones. La misión de la Iglesia es única. No es otra que la misión redentora del Hijo y del

Espíritu Santo, prolongada y perpetuada en el tiempo a través de la presencia y de la acción del Pueblo de Dios¹⁶. Y esta misión es toda ella mariana en su raíz.¹⁷

Nuestra vocación misionera marianista es, pues, una llamada a servir la misión de María sirviendo la de la Iglesia. No la entendemos como una misión más sino como un modo particular de colaborar a la única misión de la Iglesia, que es la de María.

3. La misión marianista, al servicio de la Iglesia.

Como el discípulo amado,
 acogemos a María como don precioso de Dios.
 Impulsados por el amor de Jesús a su Madre,
 nos entregamos a Ella.

Así, el Espíritu Santo,
 en cuya acción coopera María con amor de madre,
 puede formarnos más plenamente a imagen de su Hijo.

Por nuestra alianza con María
 nos proponemos asistirle en su misión de formar en la fe
 a una multitud de hermanos para su Hijo primogénito.

Este artículo 6 de nuestra Regla de Vida, que afirma tanto el carácter mariano de nuestra espiritualidad como el de nuestra misión, tiene como telón de fondo el número 63 de *Lu-men Gentium*, antes citado, y hasta contiene un eco literal del mismo. Así pues, en su carácter clara y explícitamente mariano, lleva implícita una fuerte dimensión eclesial. Ésta se nos torna explícita cuando constatamos que no deja de perder su sentido si, siguiendo lo expuesto en el apartado anterior, sustituimos las palabras “Madre” y “María” por la palabra “Iglesia”. Con este sencillo ejercicio se evidencia cómo nuestra entrega a María para que, con su cooperación, el Espíritu Santo forme en nosotros al Hijo, y nuestra alianza con Ella para asistir-la en su misión, se encarnan concretamente en nuestra entrega y en nuestro servicio a la Iglesia. Consecuencia inmediata del carácter mariano de nuestro carisma y de nuestra misión de-be ser, pues, nuestro amor y nuestra entrega incondicionales a la Iglesia, en la que el marianista, con los ojos de la fe, ve encarnada la presencia y la acción maternal de María.

Porque servidores de María, somos servidores de la Iglesia. La entrega del marianista a la misión Iglesia se nutre del carácter mariano de su vocación. En la primera frase del primer artículo de las Constituciones de 1839, el P. Chaminade definía nuestro instituto como “la pequeña Compañía que, **bajo los auspicios de la augusta María**, ofrece **a Dios y a la Iglesia** sus cortos servicios”.¹⁸ Siguiendo su ejemplo, nos reconocemos hijos incondicionales de la Iglesia. Como tales, le profesamos, por encima de sus imperfecciones y limitaciones humanas, el amor filial y la entrega que profesamos a María. La misión que deriva de nuestra alianza con María se concreta en nuestra entrega al servicio del plan de Dios, sirviendo a la Iglesia¹⁹. Por su carácter mariano, tiene su marco y espacio propios en su misión mariana. Como afirmaba el Capítulo General último, hoy como ayer, “creemos que el Señor sigue llamándonos a contribuir con nuestro carisma marianista a hacer presente en el mundo la dimensión mariana de la Iglesia” ²⁰, a que ésta desarrolle su genuino “estilo mariano”.

Nota sobre el sentido de esta expresión

*“Dimensión mariana de la Iglesia”, “estilo mariano de Iglesia”, “Iglesia marial”, “modelo mariano de Iglesia”... son expresiones más o menos afortunadas que se vienen usando para distinguir el “principio petrino”, que la fundamenta en su estructura, del “principio mariano”, que la fundamenta en su ser Esposa de Cristo y Madre. Juan Pablo II usó esta distinción en *Mulieris dignitatem*²¹ y aludió a ella en otra ocasiones, siempre, en el fondo, con la intención de exhortar a vivir la Iglesia desde Ma-ría y a comprometerse a evidenciar su rostro mariano.*

Sería erróneo interpretar esta distinción como una oposición, como si el “modelo mariano de Iglesia” fuera opuesto al “petrino”, como si la Iglesia se encarnara en dos “moldes” distintos. La Iglesia es una, petrina y mariana a la vez. Una porque es, ante todo, comunión: una la fe, uno el bautismo, uno el Espíritu que obra en todos y cada uno de sus miembros, como proclamaba el Apóstol. Petrina y mariana a la vez, por-que, aunque cuerpo humano, está fecundado por el Espíritu.

*Pero esta distinción nos ayuda a no perder de vista que la Iglesia, cuerpo visible de Cristo que peregrina en este mundo, siempre tendrá en María su horizonte y su punto de referencia, la estrella que ilumina su camino y le ayuda a centrarlo, la “toda san-ta” cuya presencia es siempre una llamada a la purificación y a la santidad. Como recordaba Benedicto XVI a los nuevos cardenales de su primer consistorio: “¡Qué gran don, hermanos, poder realizar esta sugestiva celebración en la solemnidad de la Anunciación del Señor!... Esta coincidencia providencial nos ayuda a considerar el acontecimiento de hoy, en el que resalta de modo particular el principio **petrino** de la Iglesia, a la luz de otro principio, el **mariano**, que es aún **más originario y fundamental.**”²²*

Éste se expresa en el carácter maternal de la misión de la Iglesia y manifiesta que ésta “no es un aparato, un sinnúmero de burocracias, de cargos de una organización cualquiera. La Iglesia significa que somos familia de Jesucristo y que, de esta manera estamos llamados a

*una comunidad de amor con él. Significa que tenemos a su Madre como nuestra Madre y por eso somos hermanos suyos. Significa que, así como un niño es formado por su madre, así nosotros somos formados y modelados por ella para llegar a ser **la Iglesia mariana, la Iglesia única, Esposa del Cordero.**”²³*

Desde la sensibilidad propia de nuestro carisma, los marianistas vibramos de un modo especial con esta dimensión del ser de la Iglesia, y en profunda comunión con los demás carismas y ministerios, podemos afirmar que entendemos y vivimos nuestra misión como una particular y humilde contribución al desarrollo de su carácter mariano. “Hacia un estilo mariano de Iglesia”, es el título del Documento 1º del último Capítulo general, queriendo significar con ello de qué modo nuestra misión se sitúa al servicio de su misión y contribuye a ella.

Nuestra misión se enmarca, pues, en la misión maternal de la Iglesia. Pero no la abarca en su totalidad. Desde la perspectiva carismática propia, ofrece su humilde contribución a desarrollar un aspecto de la misma. ¿Cuál? ¿Qué rasgo de la misión mariana de la Iglesia nos sentimos llamados a aportar al mundo los marianistas y cómo lo aportamos?

4. La particular contribución de la misión marianista a la misión de la Iglesia.

El objetivo de todo nuestro trabajo apostólico es **la formación en la fe.**

Todo lo que hacemos tiende directa o indirectamente a esta finalidad.

De este modo ofrecemos a la misión universal de la Iglesia
nuestra modesta contribución.²⁴

En efecto, este es el rasgo distintivo de nuestra misión en la Iglesia, heredado de nuestro Fundador. “Por nuestra alianza con María nos proponemos asistirle en su misión de **formar en la fe** a una multitud de hermanos para su Hijo primogénito”, afirmamos claramente en el artículo 6 de nuestra Regla de Vida, ya citado.

Pero hemos de precisar más si queremos dar razón de nuestra particular contribución a la formación de la fe en la Iglesia. ¿Cómo, de qué manera, contribuimos a ella?

Si entendemos la pregunta desde el punto de vista de los medios concretos que usamos, podemos responder con la enumeración de nuestras obras o, de un modo más general, diciendo que servimos esta misión desde diversos ministerios y actividades²⁵ y que “la Compañía de María se mantiene abierta a todos los medios de evangelización”²⁶, sin olvidar que la educación ha sido siempre, y sigue siendo “un medio privilegiado de formar en la fe.”²⁷

Pero nos damos cuenta de que esta respuesta no es suficiente. No son nuestras tareas y obras, en cuantos tales, las que definen la peculiaridad de nuestra misión en la Iglesia. Otros se dedican también a ellas. La pregunta apunta más allá. Apunta al modo, al espíritu, al estilo. Y la respuesta, después de todo lo que venimos diciendo, está en María. ¿Cómo contribuimos a la formación de la fe? Como María. ¿Qué aportamos a esta tarea en la Iglesia? Aquel estilo y aquellos modos de María que el evangelio inspiró a nuestro Fundador desde su particular y carismático acceso a ella.

Dos son, sobre todo, los episodios evangélicos que contemplan a María “en misión” y que, por ese mismo hecho, nos permiten descubrir los rasgos que la caracterizan. Y en ambos, la acción de María tiene como efecto la emergencia de la fe en aquellos a los que se dirige. Uno es la visitación a Isabel, que provoca la primera confesión de fe en el evangelio de Lucas, el reconocimiento de Jesús como Señor a través de la madre. “¿De dónde a mí que venga a visitarme la madre de **mi Señor?**”²⁸, exclamó Isabel al recibir el saludo de María. El otro, citado constantemente por el P. Chaminade cuando hablaba de nuestra misión, y continuamente presente en nuestra tradición, es el relato de las bodas de Caná en el evangelio de Juan, signo que hace

germinar la fe de los discípulos. “Esto hizo Jesús en Caná de Galilea como inicio de sus signos, y manifestó su gloria y **creyeron en él** sus discípulos”²⁹, nos dice el evangelista.

Así pues, con el fin de dar cumplida respuesta a la pregunta planteada, os propongo volver una vez más sobre este último relato³⁰ en Jn 2,1-12, para contemplarlo bajo la perspectiva de la misión de María, perspectiva que, a mi juicio, no es del todo extraña a la del mismo evangelista. Podríamos decir que, en este episodio, el Discípulo amado contempla a María en acción, cumpliendo la misión que le encomendó Jesús en el la “Hora” de la redención.

No es disparatado entenderlo así. En cierto modo, el evangelio de Juan es un evangelio que puede leerse al revés, de atrás hacia delante. Es, incluso, más iluminador hacerlo así. En el fondo, en los capítulos que van del dos al doce, el Jesús que habla y actúa es más el Señor resucitado que el Jesús de Nazaret. Sus milagros, pocos y muy bien escogidos, son contemplados no tanto en su materialidad como en lo que “significan”, como auténticos “signos” de los nuevos tiempos, abiertos por la Pascua del Señor cuando llegó “la Hora”. Y entre ellos, “el primero de ellos”, como el mismo evangelista subraya, el “signo” de las bodas de Caná. Acontecido “al tercer día” (v. 1), una vez concluido el tiempo de la constitución del grupo de los discípulos (1, 35-51), es signo, de lo que acontecería aquel otro “tercer día”, en el que comenzaría el tiempo de la Iglesia, el de la sobreabundancia de la gracia, el de la plenitud de las bodas de Dios con su pueblo.

Contemplado así, el relato de las bodas de Caná nos muestra a la Mujer y Madre -a María (y a la Iglesia)- en misión, y nos permite captar el modo propio de esa misión, que, por vocación, es también el nuestro como marianistas.

Cuatro son, a mi parecer, los rasgos que lo definen: la presencia “antecedente”, la atención “compasiva y esperanzada” a la pobreza, el celo por la fe-obediencia a la palabra del Señor, el testimonio de la comunidad.

4.1. La presencia “antecedente”

“Y al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea y la madre de Jesús **esta-ba allí**. Fue invitado también Jesús y sus discípulos a las bodas.”

Siempre me ha sorprendido este comienzo, en el que María es presentada de modo distinto a como son presentados Jesús y los discípulos. Estos vienen invitados; la madre de Jesús “estaba allí”. Forma parte de aquellas bodas y su presencia precede a la de Jesús y sus discípulos. Después de que Jesús haya manifestado su gloria y los discípulos hayan creído en él, se unirá a ellos. Pero antes de que “el signo” acontezca y dé paso a las bodas de la abundancia, María “estaba allí”, en aquellas bodas que iban a acabar frustradas por la falta de vino.

Si nos atenemos a su redacción literaria, el relato nos hace ver que María no es extraña a aquella realidad fracasada, no viene desde fuera. Tampoco está allí con una presencia pasiva, propia de invitados. La vemos actuar. Y es su acción desde dentro del banquete la que permite salvarlo de su frustración. Si del sentido literario nos elevamos al teológico, podemos decir que el evangelista nos presenta a María como perteneciente a la antigua alianza, que se ha tornado estéril, pero emerge de ella como la primera creyente de la nueva. En virtud de su fe, de su reconocimiento de Jesús, la nueva alianza fecunda la vieja. **31** Gracias a ella, que “estaba allí”, gracias a su fe, la presencia del Señor se torna activa y cambia la historia malograda de aquel banquete en historia de plenitud.

Esta presencia previa, “antecedente”, que sitúa a María en la frontera entre lo viejo y lo nuevo, entre la humanidad carente y la sobreabundancia de la gracia ofrecida en Cristo, debe ser también un rasgo de la presencia de la Iglesia en nuestro mundo. Hay que estar en él para que, con y como María, abra las puertas al Redentor desde dentro de sí mismo, para que cruce la frontera de la fe. Y esta presencia “antecedente” se hace más urgente cuanto más se aleja el mundo de esta frontera. No puede cumplir su misión una Iglesia que, ante la “lejanía” del mundo, se repliega en sí misma. La madre de Jesús “estaba allí”. Estar allí, donde el mundo se aleja más de la fe es, pues, uno de los retos para nuestra misión.

Uno de esos lugares es el mundo de la cultura, ese vasto acervo de conocimientos, valores y hábitos, que modelan nuestro modo humano de comprender la realidad en la que estamos insertos y de interactuar con ella **32**. Ya Pablo VI afirmaba con fuerza: “la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo.”**33** “Hoy los nuevos pueblos que no conocen al Señor -o que lo conocen mal, hasta el punto de que no saben reconocerlo como el Salvador-, más que geográficamente, están alejados desde un punto de vista cultural”, reconocía recientemente Benedicto XVI. “No son los mares o las grandes distancias los obstáculos que afrontan hoy los heraldos del Evangelio, sino las fronteras que, debido a una visión errónea o superficial de Dios y del hombre, se interponen entre la fe y el saber humano, entre la fe y la ciencia moderna, entre la fe y el compromiso por la justicia. Por eso, la Iglesia necesita con urgencia personas de fe sólida y profunda, de cultura seria y de auténtica sensibilidad humana y social; necesita religiosos y sacerdotes que dediquen su vida precisamente a permanecer en esas fronteras para testimoniar y ayudar a comprender que en ellas existe, en cambio, una armonía profunda entre fe y razón, entre espíritu evangélico, sed de justicia y trabajo por la paz. Sólo así será posible dar a conocer el verdadero rostro del Señor a tantos hombres para los que hoy permanece oculto o irreconocible.”**34**

Sensibles por vocación y por tradición a esta necesidad, los marianistas, que desde los orígenes hemos estado siempre presentes en instituciones en las que la cultura se educa y se transmite, nos sentimos particularmente concernidos por esta llamada. Como dice el Capítulo General último, percibimos la urgencia de “la ‘apertura del mundo a la fe’, salvando el abismo de separación entre la fe y la cultura”**35**. “Contemplando a María y siguiendo los pasos de nuestro Fundador, nos sentimos llamados a responder a los desafíos de nuestro mundo desde la perspectiva de la Encarnación, es decir: 1) a actuar en medio del mundo y de la gente, insertos en su realidad, discerniendo las oportunidades que cada sociedad y cada cultura ofrecen para el desarrollo de una fe renovada; 2) a sentirnos particularmente interesados por las relaciones entre la fe y la cultura, convencidos de que la experiencia cristiana libera a la persona humana y contribuye al auténtico progreso de la sociedad; 3) a usar en nuestra misión todos aquellos medios que forman parte del entramado social y cultural de las sociedades en que vivimos, en particular los que contribuyen a la educación y a la formación integral de las personas.”**36**

Este rasgo ha dado siempre a la misión marianista un carácter abierto al mundo que nos rodea, al que pertenecemos y en el que nos situamos en actitud de diálogo y no de condena, de colaboración y no de oposición sistemática. **37** “Como Cristo, Palabra encarnada, queremos vivir con los hombres de nuestro tiempo.”**38** “Todas nuestras comunidades pueden recibir ayuda y enriquecimiento del medio ambiente en que se encuentran. Nos alegramos de acoger a todos los que viven cerca de nosotros para compartir con ellos, la fe, la amistad y la hospitalidad. Así queremos hacer llegar el espíritu del evangelio a nuestro tiempo y al lugar en el que vivimos.”**39** Son frases de nuestra Regla de Vida que podemos entender y vivir desde esa presencia “antecedente” de María, por la que se abren las puertas de la realidad de nuestro mundo y de nuestra historia a la acción del Señor.

Pero no podemos olvidar que este “estar allí”, integrados, tiene sus riesgos, sus peligros, de los que no siempre hemos sabido zafarnos. *Estar* en el mundo sin *ser* del mundo exige un equilibrio difícil. Atento a esta dificultad, el P. Chaminade, después de hablar en la Constituciones de los dos fines principales de la Compañía, la “perfección religiosa” y “trabajar *en el mundo* por la salvación de las almas” y de cómo, en consecuencia, nuestra vida se nutre de la acción y de la contemplación, añadía: “Pero como sucede demasiado a menudo que las obras de la vida activa exponen al contagio del mundo a los que a ellas se entregan, la Compañía considera como tercer objeto de sus Constituciones las reglas de precaución y reserva que tienden a prevenir continuamente a los religiosos de la relajación.”**40** Vivir en las fronteras culturales de la fe exige de nosotros un compromiso serio por mantenerla viva y fiel. La Regla de Vida, en línea con la preocupación del Fundador, después de afirmar, como hemos visto, que “queremos vivir con los hombres de nuestro tiempo”, añade: “pero recordamos la advertencia del Señor de permanecer vigilantes para que los criterios, los ejemplos y las costumbres del mundo no empañen ni debiliten la fuerza de su

palabra... Cuanto más penetrante sea nuestro discernimiento, mayor será nuestra audacia apostólica.”⁴¹ Sin una fe consistente y profunda, como la de María, nuestro “estar allí” no sería significativo, sería una presencia diluida que no apunta al Señor, que no lo precede. Ya no sería “antecedente”.

4.2. La atención compasiva y esperanzada a la pobreza

“Llegando a faltar el vino, la madre de Jesús le dice: ‘No tienen vino’.”

La presencia de María es vigilante y atenta, como corresponde al creyente. Su fe ilumina con luz nueva la realidad que le rodea y confiere una penetración singular a su mirada. La hace clarividente. Capta así las verdaderas carencias, aquellas que impiden que las bodas concluyan en la fiesta del buen banquete; aquellas, en definitiva, que no hacen posible que el Reino de Dios se manifieste con toda su gloria.

Al mismo tiempo, su presencia es “compasiva”, es decir, vivida desde la solidaridad del que “padece-con”. Las carencias despiertan en ella la memoria de las propias. Ella es también en sí misma carente, pobre. Pero, a la par que “compasiva” es “esperanzada”, abierta a la esperanza, porque experimentó en su propia carne cómo el Señor torna la pobreza en riqueza cuando, por la fe, se abandona entre sus manos. Por eso, se dirige a él: “No tienen vino”.

El último Capítulo General, en este tiempo en el que las carencias propias y ajenas, ya sean sociales, eclesiales o congregacionales, se nos hacen más evidentes, nos invitaba a contemplar a María desde esta perspectiva. “Especialmente en este momento de nuestra historia nuestra contemplación de María se fija en ella como pobre y como aquella en quien Dios ha hecho algo increíblemente nuevo. Ella experimentó personalmente la pobreza radical en su virginidad. Se sabía vacía. Todavía no era fecunda al modo como se habría esperado de ella. No es extraño entonces que cantase “el Señor ha mirado mi humillación”. Y siendo intacta, estuvo abierta a creer que “nada es imposible para Dios”. Precisamente era este tipo de pobreza, apertura y disponibilidad, lo que Dios buscaba para “hacer algo nuevo”, para crear una nueva humanidad. Dios la miró y encontró exactamente lo que necesitaba, una virginidad fértil. Dios cumplió en ella las promesas hechas a sus antepasados, pero de un modo nunca experimentado antes en Israel. Él llenó su vaciedad con su misma vida divina... En tiempos de vacío, de ausencia o de aparente esterilidad, contemplemos al Dios de María para el que todo es posible.”⁴² De esa experiencia brotó su canto del Magnificat.

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón.”⁴³ Estas palabras con las que comienza la *Gaudium et spes* expresan la identificación de la Iglesia con la actitud de María que acabamos de contemplar. Identificada con ella, la Iglesia entiende que su misión en el mundo pasa por estar presente en él con esa especial sensibilidad mariana por sus carencias y por aquellos que las sufren.

En el “banquete” de nuestro mundo son abundantes y manifiestas. No son necesarios análisis profundos para percatarnos de la necesidad que tiene nuestra humanidad de todos aquellos signos del Reino que acontecen con la venida del Hijo de Dios al mundo: de la paz, de la justicia, de la hermandad, del perdón, de la reconciliación, de la solidaridad, del respeto a la vida y a la dignidad de toda persona humana..., en una palabra, del amor que procede del Padre. La Iglesia, presente en el mundo, es sensible a estas carencias y no puede dejar de ser-lo, no puede dejar de sentirse concernida por ellas, como se sintió María. Porque está al ser-vicio del Reino para la humanidad, le importa la humanidad.

El Concilio Vaticano II fue todo él un ejercicio de esta presencia mariana de la Iglesia en medio del mundo, atenta a lo humano, sensible a sus necesidades. En su conclusión, Pablo VI afirmaba: “Tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla; por decirlo así, de alcanzarla casi en su rápido y continuo cambio. Esta actitud,

determinada por las distancias y las rupturas ocurridas en los últimos siglos, particularmente en el pasado y en éste, entre la Iglesia y la civilización profana, e **inspirada siempre por la esencial misión salvadora** de la Iglesia, ha estado obrando fuerte y continuamente en el Concilio, hasta el punto de desencadenar en algunos la sospecha de que una tolerante y excesiva referencia al mundo exterior, a la historia que pasa, a la moda actual, a las necesidades contingentes, al pensamiento ajeno, haya estado dominando a personas y acciones del sínodo ecuménico a costa de la fidelidad debida a la tradición y con daño de la orientación religiosa del mismo Concilio... Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad, y nadie podrá tacharlo de irreligiosidad o de infidelidad al evangelio por esta principal orientación cuando recordamos que el mismo Cristo es quien nos enseña que el amor a los hermanos es el carácter distintivo de sus discípulos...”. Y añadía más adelante: “La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. **Una simpatía inmensa lo ha penetrado todo. El descubrimiento de las necesidades humanas -y son tanto mayores cuanto más grande se hace el hijo de la tierra- ha absorbido la atención de nuestro sínodo.**” Y, aludiendo a la confrontación con los humanismos ateos concluía: “¡Vosotros, humanistas modernos que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas, conferidle siquiera este mérito y reconoced nuestro nuevo humanismo: **también nosotros -y más que nadie- somos promotores del hombre!**”⁴⁴

Esta sensibilidad de la Iglesia, del todo mariana, que se manifestó con fuerza en el espíritu del Concilio, pasó a nuestra actual Regla de Vida, introduciendo en nuestra tradición misionera la preocupación y el compromiso por atender a las carencias de nuestra sociedad y nuestro mundo en orden al Reino, por la justicia, la paz y la reconciliación. Preocupación y trabajo que nos abre a “simpatizar”, con esa “simpatía” de la que hablaba Pablo VI, y a aunar esfuerzos con todos los que se sienten concernidos y comprometidos, como nosotros, en este empeño.

Para alcanzar este objetivo (la educación en la fe) trabajamos
 en la proclamación directa del evangelio
 en el progreso de la cultura
 y en la transformación de la sociedad,
 de acuerdo con el mensaje de salvación.
 La fe nos lleva,
 a nosotros y a los apóstoles que formamos,
 a la conversión del corazón
 y a la unión con los que luchan
 por la justicia, la libertad y la dignidad humana.
 La fe nos impulsa a trabajar siempre por la paz,
 tratando de sanar por medio de la reconciliación
 a pueblos y comunidades.⁴⁵

Este artículo de principio, perteneciente al Libro I de la Regla, tiene su desarrollo posterior en los artículos 5.16 a 5.20 del Libro II, que no cito por razones de espacio, pero cuya lectura recomiendo vivamente para captar todo el alcance de este rasgo fundamental de nuestra misión hoy.

Por ser mariana, nuestra atención activa a las carencias de nuestro mundo debe ser solidaria. Afortunadamente son bastantes -aunque nunca suficientes- los que en la Iglesia y en el mundo son sensibles a sus carencias e incluso activos en el compromiso por subsanarlas, pero pocos los que lo hacen desde la vivencia solidaria; bastantes los sensibilizados desde “fuera de la realidad carente”, pocos los encarnados en ella; bastantes los dispuestos a hacer de “padres” viniendo desde fuera, pocos a actuar como “hermanos” desde dentro. Pero nosotros estamos llamados a situarnos en nuestro mundo en solidaridad con los pobres y con los que sufren. Es consecuencia de nuestro voto de pobreza. Desde él, “sensibles al sufrimiento y a la miseria de los demás, cultivamos un amor especial a los pobres; con ellos compartimos nuestros

recursos, y aportamos los talentos personales para trabajar unidos a ellos. Nos comprometemos así a colaborar en la construcción de una sociedad justa y fraterna.”⁴⁶

Y debe ser también esperanzada, llena de esperanza, de la verdadera, de la que el mundo de hoy está especialmente necesitado. Con la mirada puesta en sus carencias, hay muchos que denuncian y pocos que anuncian; hay bastantes que alimentan falsas esperanzas y pocos que indican el camino de la verdadera. El hombre de hoy necesita de nosotros que “demostramos razón de nuestra esperanza”⁴⁷. Necesita que, como María, aportemos con nuestra presencia la experiencia profunda y personal de un Dios que es sobreabundancia de amor, que “se ha fijado en la bajeza de su sierva” y es capaz de “hacer grandes cosas en ella”, una experiencia del Dios de la esperanza, vivida como ella la vivió, no como algo singular y pro-pio, destinado a la propia fruición intimista, sino como una buena noticia para los humildes, los pobres y sedientos, para la humanidad carente. Sin esta experiencia personal del Dios de la misericordia fiel, nuestra acción, por solidaria que sea, se torna a la larga estéril. Desde ella, con María, no nos limitaremos a constatar la pobreza -“no tienen vino”- sino que, en medio de ella, seremos capaces de abrir el camino a la esperanza.

Nota sobre nuestro compromiso en pro de la justicia y la paz

Como hemos visto, nuestra Regla de Vida lo considera importante en nuestra misión. Por otro lado, desde el Concilio Vaticano II la Iglesia lo viene solicitando de un modo particular de la vida religiosa, apelando a esa particular sensibilidad por la pobreza que siempre le ha caracterizado, y a su propio voto de pobreza ⁴⁸. Pero, a pesar de que la atención a los pobres y a los que sufren ha sido una constante en los carismas fundacionales de los institutos religiosos a lo largo de la historia de la Iglesia -y nuestro caso no es una excepción ⁴⁹-, esta tarea concreta no acaba de integrarse como debiera en nuestra misión. Hay incluso personas y comunidades que ni siquiera lo intentan, amparadas en la excusa de que se trata de un añadido posterior, una moda reciente, que no pertenece a nuestra tradición misionera. ¿Falta de interés o de sensibilidad? No creo. ¿Falta de formación?... Es posible.

Es cierto que estos acentos misioneros, provenientes del Concilio, son nuevos en la historia de nuestras Constituciones. Por lo tanto, para asimilarlos, debemos abrirnos de un modo nuevo al mundo, un modo al que quizás no estábamos acostumbrados. Necesitamos, pues, formación, no sólo intelectual sino también espiritual y pastoral, y acciones concretas en las este compromiso vaya tomando cuerpo y creando tradición. Los últimos capítulos generales, siguiendo la Regla de Vida, no han dejado de recordárnoslo. Todos debemos comprometernos y ayudarnos mutuamente en este empeño.

4.3. El celo por la fe-obediencia a la palabra del Señor

“Dijo su madre a los sirvientes: ‘Haced lo que él os diga.’”

Con estas palabras, María abre la carencia a la verdadera esperanza, la falta de vino a la posibilidad de gozar del mejor; y, lo que es más importante todavía, hace posible que se manifieste la gloria de Cristo y pueda ser reconocido como Señor, como salvador, como la única y verdadera esperanza.

Es interesante constatar que, aunque las palabras de María suponen y llevan implícito el reconocimiento creyente del señorío de Jesús por su parte, no lo explicitan ni lo proponen de entrada a los que se dirigen. Las palabras de María son, simple y llanamente, un mandato de obediencia a su palabra.

También aquí podemos entender esta acción de María como emanación de su propia experiencia personal. Se dirige a los “sirvientes”, quizás por reconocer en ellos su propia condición de “sierva del Señor”, y los conmina con una orden en la que no es difícil descubrir el eco de aquel “hágase en mí según tu palabra”, por el que Dios entró en su vida y en su ser, transformando su virginidad humana infecunda en maternidad divina. María sabe por propia experiencia que no hay manifestación de Dios sin obediencia a su palabra; que la fe-obediencia es condición previa para

poder acceder a la gracia de la fe-reconocimiento **50**; que, dicho de otra manera, para alcanzar la vivencia del magnificat hay que pasar por la del sí de la anunciación. Por eso, dijo a los “sirvientes”: “Haced lo que él os diga.”

No está en nuestras manos poder sanar la indigencia del hombre, rescatarle de sus carencias. Tampoco en las de María, pobre y limitada como nosotros. Pero, con María, sí sabemos quién puede y que lo único que nos va a pedir es poner a disposición de su palabra nuestra limitación y nuestra pobreza, en un acto de confianza pura, ciega, desnuda, que sólo se apoya en él como única razón por encima de todas las nuestras. Llenar de agua las tinajas **por obediencia a su palabra**, y llenarlas hasta arriba, cuando se espera el vino; echar la red para pescar cuando se ha pasado la noche sin capturar un solo pez, sólo **porque él lo dice**; desprenderse del trozo de pan y del poco pescado que uno tiene para sí **porque él lo requiere** para alimentar a cinco mil; correr la lápida del sepulcro **obedeciendo a su mandato** aun-que el muerto ya huele... Así, y sólo así, a través de la fe-obediencia, es como la realidad de nuestro mundo queda abierta a la manifestación del poder salvador del Señor. “Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos”.

Contemplando esta intervención de María en Caná, vemos, pues, cómo su misión es conducir, llevar a Cristo. Pero, como veíamos, no lo hace dando testimonio explícito de él sino provocando la fe-obediencia a su palabra, para que la realidad se abra a su manifestación y pueda acceder así al testimonio auténtico, el que él da de sí mismo y del Padre a través de sus obras. Quien no escucha y obedece a sus palabras no puede tener acceso a su conocimiento porque no deja que se manifieste a sí mismo, que se revele quién es verdaderamente. **51** “El maestra sala **no sabía** de dónde había venido el vino; los ‘sirvientes’ **sí lo sabían**.”

Este pasaje del episodio de las bodas de Caná tiene un significado muy especial para nosotros, los marianistas. Lo tiene, una vez más, para toda la Iglesia, que, contemplándose en María, reconoce aquí su misión de conducir el mundo a Cristo, en quien la humanidad encuentra la verdadera salvación.**52** Pero lo tiene de un modo muy particular para nosotros por-que es de esta intervención de María de donde el P. Chaminade veía derivarse nuestra razón de ser y nuestra misión.

Su contemplación de la acción misionera de María queda como fijada precisamente aquí, en el momento en el que ella dice: “Haced lo que él os diga”. Para él, es “el” momento apostólico de María en el evangelio. Su fijación en ese instante es tal que lo convierte en nuestra divisa. “Nosotros, los últimos de todos, que nos creemos llamados por María misma a secundarla con todo nuestro poder en su lucha contra la gran herejía de esta época, hemos tomado como divisa estas palabras de la Santísima Virgen a los servidores de Caná: *Haced lo que él os diga*. (...) ¡Nuestra obra es grande, es magnífica! Si es universal es porque somos los misioneros de María que nos ha dicho: *Haced lo que él os diga*. Sí, somos todos misioneros. A cada uno de nosotros ha confiado la Santísima Virgen un mandato para trabajar en la salvación de nuestros hermanos en el mundo.”**53** Es claro que, en el pensamiento del Fundador, la Compañía aparece en el mundo y en la Iglesia precisamente como una respuesta a es-te mandato de María, como un cuerpo de verdaderos “siervos” a sus órdenes. En consecuencia, deberá ser un cuerpo fuertemente armado del espíritu de fe-obediencia incondicional a la palabra del Señor, y totalmente dedicado a la misión de suscitarla en el mundo.

En la clausura de los retiros de 1827, decía el P. Chaminade a los religiosos: “*Haced cuanto él os diga*. Estas son las palabras que la Santísima Virgen dirigió a los sirvientes de las bodas de Caná en Galilea, en donde se encontró con su Hijo Jesucristo... es decir: *haced cualquier cosa que os mande*, aunque parezca extraña a la razón. Es como si les dijera: *tened fe en él*. Pues bien, tales son también las palabras que nos dirige la Virgen a nosotros sus hijos: *haced todo cuanto mi Hijo os diga*. Pero ¿cómo nos hablará Jesucristo? Por la fe. Escuchemos lo que nos dice la fe, recurramos a la fe y pongamos en práctica lo que ella nos en-seña; así haremos lo que Jesús nos dice. El espíritu del Instituto es un espíritu de fe; hay que ir a Dios por la fe. *Esta es la victoria que vence al mundo, vuestra fe*. (1Jn 5,4). Los fines del Instituto son: 1º la perfección de cada religioso; 2º la salvación del prójimo; 3º el celo por la gloria de Dios. El medio que emplea para ello es la fe.”**54**

Animados por esta fe, colaboramos con María en su misión de suscitarla en los demás. En el punto de mira de la preocupación misionera del P. Chaminade estaba la incredulidad que se había instalado en la sociedad de su tiempo y que cerraba el paso a la manifestación del Reino de Dios. “La gran herejía reinante en nuestros días es la indiferencia religiosa, que va sumiendo las almas en el embotamiento que produce el egoísmo y en el marasmo de las pasiones... En el seno de la cristiandad, la antorcha divina de la fe palidece y se apaga... Se diría que ya estamos viviendo el momento predicho de una defección general y de una apostasía prácticamente universal.”⁵⁵ En estas palabras, con las que describía su particular contemplación del mundo, vemos cómo lo que en esa realidad despierta en él su reacción misionera, no es tanto el desconocimiento del Señor como aquello que lo causa: la falta de fe. De ahí que encontrara en la acción de María en Caná la imagen perfecta de lo que él se sentía llamado a hacer: suscitar y educar la fe, reconducir la humanidad a la religión, multiplicar cristianos, hombres y mujeres, que por su fe-obediencia al Señor hagan posible que el “banquete frustrado” -el sumido en “el egoísmo y el marasmo de las pasiones”- pueda transformarse en banquete del Reino. De ahí, igualmente, que, como ya hemos dicho, la misión marianista se oriente toda ella a la formación en la fe.

4.4. El testimonio de la comunidad

“Después de esto, (Jesús) descendió a Cafarnaún, él y su madre y sus hermanos y sus discípulos, y no se quedaron allí muchos días.”

El primer efecto y, por ello, el primer signo del nuevo “banquete de bodas” es el surgimiento de la comunidad, la aparición en el mundo de una fraternidad nueva, integradora y universal. Integradora porque Jesús llegó a las viejas bodas con sus discípulos, la “nueva familia” que se había formado en torno a él antes de aquel “tercer día” que completaría la semana que comenzó con el testimonio de Juan el Bautista ⁵⁶. Sale de las nuevas, habiendo integrado en ella la “vieja familia”, su madre y sus hermanos. Y a la par que integradora, la nueva comunidad es geográficamente universal. Se encarna, lógicamente, en un espacio, Cafarnaún, pero no se cierra en él, “no se quedaron allí muchos días”. Este último versículo del relato de las bodas de Caná, nos remite claramente a aquella primera comunidad cristiana de Jerusalén ⁵⁷, descrita por Lucas en los Hechos de los Apóstoles, en la que la madre de Jesús y sus hermanos están integrados, a la que el Señor va “agregando” los que se convierten a él.⁵⁸ La nueva comunidad ofrece al mundo el testimonio del “nuevo banquete”, en el que ya no hay necesitados porque nadie considera lo suyo como propio, porque todo se pone en común, porque reina en ella la comunión, “un solo corazón y una sola alma”.⁵⁹

La comunidad es una realidad consustancial al evangelio, un elemento imprescindible allí donde se hace presente. Y no sólo como ámbito necesario para cultivar y desarrollar la vida cristiana sino también, y sobre todo, para testimoniarla. En la nueva fraternidad se manifiesta el poder transformador de la palabra y de la presencia activa del Señor. Podríamos decir, aludiendo al comentario que hacía antes sobre las bodas de Caná, que en la verdadera comunidad cristiana el Señor se testimonia a sí mismo ante el mundo.⁶⁰

“Ante todo -decía Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*-hay que subrayar esto: para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios **en una comunión que nada debe interrumpir**, y a la vez **consagrada igualmente al prójimo** con un celo sin límites. ‘El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan —decíamos recientemente a un grupo de seglares—, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio’... Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra de santidad.”⁶¹ Es sabido cómo el P. Chaminade estaba profundamente convencido de esta verdad. El mundo no puede ser convertido al evangelio si no le ofrecemos, como él tantas veces repetía, el testimonio de

aquella primitiva comunidad, “el espectáculo de un pueblo de santos”.⁶² De esta convicción se desprende el fuerte carácter comunitario que dio a todas sus fundaciones, desde las congregaciones de Burdeos a los institutos religiosos. En su acción misionera, evangelizar y “congregar”, convertir y “agregar”, van a la par. “Inspirado por el Espíritu de Dios, llegó a comprender las fecundas posibilidades que una comunidad cristiana entraña para el apostolado. Una comunidad puede dar el testimonio de un pueblo de santos, mostrando que el evangelio puede practicarse con todo el rigor de su letra y de su espíritu. Una comunidad puede atraer a otros por su mismo género de vida y suscitar nuevos cristianos y nuevos misioneros, que den origen a nuevas comunidades. La comunidad se convierte así en el gran medio de recristianización del mundo. De esta intuición fueron surgiendo los primeros grupos de hombres y mujeres que el Padre Chaminade fundó como congregaciones.”⁶³

Imbuída del espíritu de nuestro Fundador, la Regla de Vida subraya con fuerza el puesto central de la comunidad en nuestra vida, no sólo como ámbito en el que se desarrolla -vivimos en comunidad de vida, de fe y de misión- sino también como el medio fundamental en nuestra misión.

Vivimos en comunidades animadas por la fe,
que intentan tener un solo corazón y una sola alma,
a ejemplo de la primera comunidad de Jerusalén.
Esperamos dar así testimonio
de la presencia de Cristo
y mostrar que también hoy
se puede vivir el evangelio
con todo el rigor de su letra y de su espíritu.⁶⁴

La vida marianista quiere aportar a la misión de la Iglesia este rasgo comunitario, que le es esencial. Debemos protegerlo y cuidarlo con esmero, sobre todo en el mundo de hoy, marcado por el individualismo, por la búsqueda del provecho personal y la realización de los propios deseos por encima de todo. Frente a esta cultura ambiente que nos rodea y de cuyo contagio no estamos exentos, es necesario recordarnos continuamente a nosotros mismos, desde los primeros pasos de nuestra formación inicial hasta los últimos de la ancianidad, que los marianistas no somos una suma de misioneros individuales que se albergan en residencias comunes, llamadas “comunidades”, sino Misioneros que vivimos desde y para la comunidad; que “formamos una nueva familia, fundada en el evangelio del Señor, en la que compartimos oración, amistad, bienes, trabajo, éxitos y dificultades”⁶⁵; y que ésta no es para sí misma sino para la misión que le ha sido confiada: “cada uno aporta su don propio para realizar entre todos la **misión común** de la Compañía.”⁶⁶ En la dedicación y el cuidado de esta dimensión esencial de nuestro carisma, nos jugamos los marianistas nuestra razón de ser en la Iglesia, la validez y la calidad, no sólo de nuestra vida sino también de nuestra misión.

Un medio privilegiado de cumplir nuestra misión
es la comunidad en sí misma.
Sabemos que la calidad de nuestra vida
produce más impacto que nuestras palabras.
Juntos buscamos caminos
para dar un testimonio vivo
de la fe que compartimos.⁶⁷

Animadas por su espíritu misionero, nuestras comunidades particulares no pueden en-cerrarse en sí mismas. Están llamadas a expandirse, tienen que ser generadoras, a su vez, de vida comunitaria, de comunidades más amplias. “Cada comunidad, en concreto, se considera en estado de misión permanente. Estamos comprometidos en la multiplicación de los cristianos, formamos **personas y**

comunidades en una fe viva.”⁶⁸ Para ello deben abrir sus puertas para compartir con los que las rodean aquello que anima su vida desde dentro.

El primer efecto de esta difusión del espíritu propio que anima nuestra vida y nuestra misión es nuestra particular contribución a la generación de esa “comunidad más amplia” que llamamos Familia Marianista. No olvidamos que, como dice nuestra Regla, “una de las razones más importantes para fundar la Compañía de María y el Instituto de Hijas de María Inmaculada fue el asegurar la existencia y el desarrollo de una comunidad más amplia de cristianos de todos los estados de la vida, reunidos por el vínculo común del espíritu marianista”, y que, por lo tanto, “trabajamos para que surjan comunidades conscientemente comprometidas a vivir este espíritu y les ofrecemos nuestros servicios y ministerios, alentando sus características propias y su autonomía.” “Desde nuestra mutua complementariedad”, animados por el mismo espíritu, “trabajamos juntos al servicio de la misión de la Iglesia.”⁶⁹

La llamada a abrir nuestras comunidades a la Familia Marianista y, de modo particular a los laicos, con los que compartimos de hecho nuestra misión en la Iglesia, se hace particularmente urgente hoy. Desde el despertar del laicado tras el Concilio Vaticano II, somos testigos de cómo se ha ido generando en torno a la vida religiosa, que de suyo es laica de origen y de espíritu, una verdadera constelación de comunidades y movimientos laicos, que buscan en ella la fraternidad y la espiritualidad que necesitan para vivir su particular vocación y su misión en el mundo. ¿No será acaso uno de esos “signos de los tiempos” a través de los cuales el Espíritu llama? La incorporación del laicado a la misión de la vida religiosa activa, no es sólo una necesidad de la coyuntural escasez de vocaciones. Se trata, para ella, de un auténtico don de Dios que, como siempre, se hace presente en los avatares de la historia humana y los integra en su plan de salvación. A través de él, el Espíritu va haciéndole descubrir que el campo del servicio “social”, al que se encuentra volcada desde sus orígenes, por eminentemente laical, no le es exclusivo. Y, al mismo tiempo, va haciéndole sentir la llamada a entregarse también a un servicio -éste más “hacia dentro”, más “eclesial”, sin que por ello deje de ser misionero-, el del laicado mismo. Se trata de una llamada a aportar, de este modo, esa particular contribución que la vida religiosa ha ofrecido siempre a la Iglesia para su edificación e incluso para su reforma.

Los marianistas, por carisma y por historia, nos sentimos particularmente preocupados por esta llamada y los últimos capítulos generales la han hecho oír con insistencia. Basta recordar lo que decía el del año 2001 cuando, presentando los recursos con los que los marianistas contamos para nuestra misión, incluía “la dedicación al servicio de la Iglesia, la preocupación por reconstruir la Iglesia a partir de la valoración del papel de los laicos dentro de ella, de la conciencia de que la Iglesia es primeramente familia y pueblo de Dios, antes que una institución jerárquica.” Y añadía: “El P. Chaminade, además de ser un profeta del laico-do, supo engendrar en el seno de la Iglesia nuevas relaciones de igualdad, comunión y participación entre todos sus miembros, y la concibió como una red de comunidades en cuyo centro está Jesús, el Hijo de María. Esta misión de reconstruir la Iglesia, como también San Francisco la recibió en su tiempo, constituye una llamada particularmente fuerte para nosotros hoy. Especialmente porque creemos que tenemos, como Compañía de María y como Familia Marianista, elementos que pueden contribuir mucho a que la Iglesia refleje mejor lo que Jesús quiere de ella.”⁷⁰

¿Cuáles son los rasgos que definen nuestra particular contribución a la misión de la Iglesia?, nos preguntábamos al inicio de este largo apartado. Contemplando a María en Caná hemos respondido: la presencia “antecedente”, la atención “compasiva y esperanzada” a la pobreza, el celo por la fe-obediencia a la palabra del Señor, el testimonio de la comunidad. Hemos sido suscitados por el Espíritu en la Iglesia para una misión que se define de esta manera. Es así como la Iglesia nos reconoce y nos necesita. De ahí que estos rasgos deben ser para nosotros criterios que nos ayuden a discernir el tipo de obras en los que se encarna nuestra misión y, sobre todo, el modo de hacernos presentes y actuantes en ellas.

5. María en el anuncio marianista de la Buena Nueva.

Hemos podido constatar en los apartados anteriores la importancia que tiene María en la misión marianista, de la que es generadora y referente continuo. Pero no podemos concluir nuestra reflexión sin recordar que su presencia en nuestra misión no se limita a cumplir esa función. Ella está presente también en nuestro anuncio de la Buena Nueva y es objeto del mismo. Por el voto de estabilidad, no sólo nos comprometemos a asistirle en su misión sino a “hacerla conocer, amar y servir”⁷¹.

Este compromiso no es siempre correctamente asumido por nuestra parte. Algunos de nosotros lo ven, incluso, inaceptable, por entender que, en nuestra misión, no se le puede dar a María el puesto que le corresponde a Cristo, que es aquél al que debemos “hacer conocer, amar y servir”. Otros lo aceptan de buena gana pero de forma no integrada, como un “además” en el anuncio del evangelio. Vale la pena, pues, que nos detengamos un momento para reflexionar y comprender su sentido.

En primer lugar, hemos de tener en cuenta que esta expresión nos remite a aquella definición de nuestra identidad y del sentido de nuestro voto de estabilidad que el P. Chaminade expuso en la carta a los predicadores de retiro en agosto de 1839: “Lo que yo considero el carácter propio de nuestras órdenes y lo que creo que no tiene precedentes en las fundaciones conocidas hasta ahora es que nosotros abrazamos el estado religioso en su nombre y para su gloria, para dedicarnos a ella en cuerpo y bienes, *para hacerla conocer, amar y servir*, con-vencidos de que no atraeremos los hombres a Jesús sino por medio de su Santísima Madre.”⁷² Por lo tanto, no es que los marianistas demos a María el puesto central que corresponde a Cristo en el anuncio del evangelio, sino que nos hemos dado cuenta, inspirados por nuestro Fundador, de la necesidad de hacerla presente en dicho anuncio para mejor anunciar-lo a él.

En efecto, María confiere al anuncio de Cristo su verdadero realismo, el de la encarnación. Con María, este anuncio se sustrae del peligro constante de detenerse en el terreno de las ideas, de reducir la presentación de Jesús a la de una especie de “predicador doctrinal”, dirigiendo más la mirada a sus enseñanzas que al misterio de su persona, siendo así que es precisamente éste, y no aquellas, el núcleo y la esencia de la Buena Nueva. Ésta no es una ideología ni una doctrina moral.

“María nos salva de esta deriva. Ella nos recuerda que es Cristo, persona viva, el objeto del anuncio al que estamos llamados. No se trata de predicar una ideología, no se trata de anunciar al Dios de los filósofos y nuestra fe no tiene nada que ver con un vago deísmo. No somos los propagandistas de una idea, de una teoría abstracta o de una sabiduría de vida. sino que anunciamos a Cristo vivo, verdadero hijo de Dios y verdadero hijo de los hombres, nacido de mujer. Anunciamos a Jesucristo, nuestro ‘hermano en humanidad’, plenamente hombre entre los hombres, que María ha traído al mundo. Imposible reducir Jesús a una idea, ni si-quiera a la idea de Dios. Predicamos a Dios hecho hombre, Dios humano, hombre-Dios. María nos conduce sin cesar al realismo de esta humanidad de Jesús.”⁷³

Pero, además, hay que tener en cuenta que el anuncio de la Buena Nueva no acaba aquí, no se limita al anuncio del misterio de la persona de Jesús. Si lo anuncia como Buena Nueva es porque anuncia también que este misterio se nos ofrece, que nosotros podemos participar de él. Si el cristianismo no es sólo aceptación de una doctrina, tampoco es sólo la confesión de un credo sobre la persona de Jesús, sino la apropiación de los misterios que en él se confiesan. Esta apropiación es un misterio de fe y de gracia, de fe que se apoya en la gracia, de gracia que irrumpe a través de la fe. Y María es, precisamente, el icono que nos lo revela.

Karl Rahner lo dejó dicho admirablemente en un texto que me gusta citar para explicar este puesto que María ocupa en la revelación del misterio de la vida cristiana. “¿Qué es el cristianismo?... El cristianismo no es algo que el hombre inventa o descubre. Tampoco es la elevación del hombre a Dios por sus propias fuerzas. Y tampoco es, principalmente, un cumplimiento de mandamientos dados por Dios para que los realicemos por nosotros mismos. El cristianismo es la obra del Dios vivo en nosotros: es lo que nos da él, el Dios vivo de la gracia, en el perdón y la redención, en la justificación y en la comunicación de su propia gloria. Pero como lo

que Dios nos da no es en definitiva su don creado, sino él mismo, el cristianismo, finalmente, es el mismo Dios eterno que viene al hombre y que actúa en el hombre por su gracia, de manera que éste abre libremente su corazón para que penetre en el pobre corazón de esa pequeña criatura la total, espléndida, infinita vida de Dios trinitario. (...) ¿Qué es el cristianismo perfecto? ... El cristianismo perfecto debe consistir en que el hombre reciba este don del Dios eterno, que es Dios mismo, con una libertad imbuida de gracia; que lo acoja con cuerpo y alma y con todas las fuerzas de su ser, con todo lo que es y lo que tiene, lo que hace y padece a fin de que esa recepción englobe la totalidad del ser del hombre y toda su historia, para introducirla en la vida eterna de Dios. Cristianismo perfecto debe significar que se adecuan perfectamente profesión y vida personal; lo que sucede a plena luz y en la historia y lo que acontece ocultamente en la profundidad de la conciencia; que se haga patente lo que se realiza en lo más íntimo de la vida cristiana y que, a la vez, lo que se manifiesta en el exterior sea la aparición externa de lo sucedido en lo íntimo del corazón ante Dios. El cristianismo en su forma perfecta debe significar además que ese perfecto cristianismo del cristiano se dedica sin reservas a la salvación de los demás... Si tal es el cristianismo perfecto, podemos y debemos decir: María es la realización concreta del cristianismo perfecto, (...) es realmente la perfecta cristiana; es, en cierta manera, la realización concreta y representativa de la redención en su forma más perfecta... En ella se manifiesta, en cierto modo, el significado de Iglesia, gracia, redención y salvación de Dios.”⁷⁴

Así es que, cuando ella está ausente de ese anuncio, se desvanece o se enturbia en él el sentido profundo de lo que verdaderamente significan en la vida cristiana realidades tan fundamentales en ella como son la Iglesia, la gracia, la redención y la salvación de parte de Dios. ¿Cómo anunciarlas sin ella? María, pues, no sólo no obstaculiza el anuncio de Cristo y de la Buena Nueva del evangelio sino que se hace imprescindible en él. Y no de forma “añadida” sino central. Con razón recordaba el P. Chaminade, contemplando la historia de la Iglesia, que “todas las herejías han tenido que inclinar su frente ante la Santísima Virgen, y poco a poco Ella las ha reducido al silencio de la nada”. Y después de hablar de “la herejía de nuestro tiempo”, añadía: “El poder de María no ha disminuido. Creemos firmemente que Ella vencerá este herejía como todas las demás.”⁷⁵

Por lo tanto, la presencia de María en nuestro anuncio de la Buena Nueva no es espuria ni tampoco añadida o marginal. Nuestro deber de “hacerla conocer, amar y servir” como me-dio de anunciar la Buena Nueva que acontece con Cristo en el mundo, está bien fundado. Pero también debe ser bien ejercido en la práctica para que corresponda a su fundamento. Dicho de otro modo, no cualquier manera de “hacerla conocer, amar y servir” es lícita y correcta, sino aquella que, como hemos visto, sirve al verdadero anuncio de la Buena Nueva. Así pues, para “hacerla conocer, amar y servir” de manera adecuada, los marianistas debemos empezar por poner especial cuidado en cultivar y formar correctamente nuestro propio conocimiento de María, así como la devoción y el culto que le profesamos. Sólo así podremos transmitirlo a los demás.

Con estas dos circulares he querido ofrecer, precisamente, mi particular contribución a que María sea cada vez mejor conocida, amada y servida entre nosotros. Son fruto de un largo camino recorrido en años. Como sin duda habréis podido comprobar ya, me han ayudado a encontrarlo y me han guiado en él, a modo de balizas, dos criterios fundamentales. Os los recuerdo y os los ofrezco. Espero os sirvan también a vosotros.

El primero es que sólo se accede al conocimiento de María cuando no se la considera en sí misma sino en relación con lo que ha acontecido con Cristo. A María nos la encontramos cuando profundizamos en lo que ha ocurrido entre Dios y el hombre desde el momento que, “llegada la plenitud de los tiempos”, aparece el Verbo encarnado, desde el momento que se inaugura lo que llamamos “Nueva Alianza”. Por lo tanto, el acceso a María como “un apartado” más del mensaje cristiano, no nos lleva a ninguna parte. La Buena Noticia que vivimos y anunciamos no es sobre el Padre, el Hijo, el Espíritu, la Iglesia, el hombre, la gracia... y “además” María. La presentación, la veneración y la devoción a María deben inscribirse en la presentación, la veneración y el culto del misterio cristiano. No puede constituir un “además”.⁷⁶

El segundo es que el anuncio de María debe apoyarse en la Palabra de Dios. Si el acceso a María no es bíblico, corre el peligro de generar una imagen distorsionada de ella, tanto por exceso como por defecto, fruto de extrapolaciones y proyecciones psicológicas o socio-lógicas, a las que ya aludía en la anterior circular. Sólo el camino bíblico nos conduce hasta la María inserta en el plan de Dios y nos permite contemplarla como verdadero “lugar de re-velación” de este plan, apartándonos de maximalismos y minimalismos en la consideración de su persona. De ella han hablado y hablarán “todas las generaciones”, pero no por ella sino “porque el Poderoso ha hecho obras grandes” en ella y con ella. Y esas “obras grandes” se nos desvelan, precisamente, a la luz de la Palabra de Dios y no de nuestras suposiciones humanas. El estudio y la contemplación de la Palabra de Dios nos son imprescindibles.

Estoy convencido de que si seguimos avanzando por este camino, profundizaremos cada vez más en el conocimiento auténtico de María e iremos centrando cada vez más y mejor nuestra vivencia de su presencia en nuestra vida y en nuestra misión.

Espero, hermanos, que estas dos circulares, o mejor dicho, esta circular en dos partes, haya podido contribuir a la revitalización de la vivencia de nuestro carisma. Pido excusas por su extensión. Creo que el tema merecía un desarrollo amplio y fundamentado. El alimento es abundante pero también el tiempo, si nos lo damos, para poder digerirlo poco a poco, evitando el empacho.

Una vez digerido, cuando se hace vida, todo acaba siendo más profundo y más sencillo, o más sencillo porque más profundo. En mi reciente visita a la Provincia de Francia, y a propósito de mi anterior circular, tuve la dicha de conversar ampliamente con un hermano anciano sobre su vivencia mariana, bien digerida y asimilada a lo largo de una larga vida, en una de esas conversaciones que te ensanchan el espíritu y te confirman en la ilusión de ser marianista. Me la entregó expresada en un sencillo dibujo, acompañado de un texto. Le prometí citarlo. Con él os dejo.

<p><i>Marie me dit :</i> <i>dans ce monde difficile,</i> <i>si tu veux suivre le chemin de</i> <i>Jésus,</i> <i>viens avec moi,</i> <i>je te conduirai jusqu'à lui,</i> <i>et il te conduira vers son Père</i> <i>et vers les hommes, tes frères,</i> <i>jusqu'à la « Terre Promise »</i> <i>où tu goûteras le bonheur d'aimer</i> <i>et d'être aimé.</i> <i>Le veux-tu ?...</i> <i>Alors, tu seras aussi chemin</i> <i>pour les autres !</i></p>	<p>María me dice: en este mundo difícil, si quieres seguir el camino de Jesús, ven conmigo, te conduciré hasta él y él te conducirá hacia su Padre y hacia los hombres, tus hermanos, hasta la “Tierra Prometida” en donde gustarás la dicha de amar y de ser amado. ¿Quieres?... Entonces, serás también camino para los demás!</p>
--	---

Vuestro hermano en Jesucristo, Hijo de Dios, hecho Hijo de María para la salvación de los hombres,

Manuel J. Cortés, SM
Superior General
Misionero Apostólico
31 de marzo de 2008
Solemnidad de la Anunciación del Señor

NOTAS

1 RV 2.

2 Breve Pontificio del 3 de diciembre de 1839. (AGMAR 1G1, 1.9)

3 El texto continúa: “Era necesario, pues, que el primer Superior, de quien no son más que vicarios o delegados los sacerdotes y los laicos, sea de la Compañía, sea del Instituto, fuese más especialmente reconocido por el Sumo Pontífice y recibiese de él el carácter sagrado de la misión que de su parte ejerce en la Iglesia por sí mismo y por los suyos. He aquí por qué he solicitado este favor y he aquí lo que significa en el pensamiento del Breve pontificio.” (*Circular del 8 de marzo de 1840*, n.2)

4 1Co 9,16.

5 “La Iglesia ha nacido con el fin de que, por la propagación del Reino de Cristo en toda la tierra, para gloria de Dios Padre, todos los hombres sean partícipes de la redención salvadora, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo Místico, dirigida a este fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras; porque **la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado.**” (Vaticano II, AA n.2)

6 Cf. Circular n.1, 1.1.

7 EM II 74.

8 EE 5.

9 “Repetimos y ratificamos lo que ya se ha dicho: que el motivo de nuestro segundo objeto, el celo por la salvación de las almas, es una consecuencia inmediata del designio que la bondad de Dios nos ha inspirado, de conformarnos, con la gracia de Dios, a semejanza de Jesucristo y de entregarnos a María como sus muy humildes servidores y ministros.” (Const. 1839, a. 252)

10 RV 15.

11 Cf. RV 14.

12 EE 30.

13 MM 8.

14 EM I 214.

15 LG 63

16 “El Hijo de Dios siguió los caminos de la Encarnación verdadera: para hacer a los hombres partícipes de la naturaleza divina; se hizo pobre por nosotros, siendo rico, para que nosotros fuésemos ricos por su pobreza (2 *Cor.*, 8,9). (...)Mas lo que el Señor ha predicado una vez o lo que en El se ha obrado para la salvación del género humano hay que proclamarlo y difundirlo hasta los confines de la tierra (Cf. *Act.*, 1,8), comenzando por Jerusalén (Cf. *Lc.*, 24,47), de suerte que lo que ha efectuado una vez para la salvación de todos consiga su efecto en la sucesión de los tiempos. Para conseguir esto envió Cristo al Espíritu Santo de parte del Padre, para que realizara interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia hacia su propia dilatación.” (*Ad gentes*, nn 3-4)

17 “**Todo en la Iglesia**, toda institución y ministerio, incluso el de Pedro y sus sucesores, está "puesto" bajo el manto de la Virgen, en el espacio lleno de gracia de su "sí" a la voluntad de Dios. Se trata de un vínculo que en todos nosotros tiene naturalmente una fuerte resonancia afectiva, pero que tiene, ante todo, un valor objetivo. En efecto, entre María y la Iglesia existe un **vínculo connatural**, que el concilio Vaticano II subrayó fuertemente con la feliz decisión de poner el tratado sobre la santísima Virgen como conclusión de la constitución http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.htmlLumen Gentium sobre la Iglesia.” (Benedicto XVI, *Homilía en la concelebración con los nuevos cardenales en la plaza de San Pedro*, 25 de marzo de 2006)

18 La Regla de Vida actual, aunque con otra redacción, conserva también en su primer artículo el eco de esta entrega a la Iglesia aunque la relación con su carácter mariano es más remota, menos explícita. “La Compañía de María, fundada por Guillermo-José Chaminade, es una congregación religiosa de derecho pontificio. **Está especialmente dedicada a María.** Sus miembros, religiosos sacerdotes y religiosos laicos, forman una única familia. Para tender juntos

a la perfección de la caridad, se consagran personalmente a Dios por la profesión de los consejos evangélicos y **se ponen al servicio de la Iglesia.**”

19 **“Trabajamos como miembros de la Iglesia, en cuya misión nos integramos. Vivimos en comunión de corazón y de espíritu con su vida y con su enseñanza, y colaboramos con toda la comunidad eclesial.”** (RV 66). “Puesto que la Compañía de María participa en la misión de la Iglesia, los marianistas debemos integrarnos en su vida y en sus planes pastorales. Por esto debemos examinar regularmente nuestra integración en la Iglesia local, a la luz de las orientaciones de los Obispos y de la fidelidad a nuestro carisma.” (RV 5.3)

20 MM 17.

21 Después de hablar de la Iglesia como Esposa que se une al Esposo con el vínculo que confiere el “sacerdocio real” del que todos los fieles participan, añadía: “Esto tiene una importancia fundamental para entender la Iglesia misma en su esencia... Aunque la Iglesia posee una estructura «jerárquica», sin embargo esta estructura está ordenada totalmente a la santidad de los miembros del Cuerpo místico de Cristo. La santidad, por otra parte, se mide según el «gran misterio», en el que la Esposa responde con el don del amor al don del Esposo, y lo hace «en el Espíritu Santo», porque «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5, 5). El Concilio Vaticano II, confirmando la enseñanza de toda la tradición, ha recordado que en la jerarquía de la santidad precisamente la «mujer», María de Nazaret, es «figura» de la Iglesia. Ella «precede» a todos en el camino de la santidad; en su persona la «Iglesia ha alcanzado ya la perfección con la que existe inmaculada y sin mancha» (cf. Ef 5, 27).⁽⁵⁴⁾ En este sentido se puede decir que **la Iglesia es, a la vez, «mariana» y «apostólico-petrina».** (*Mulieris dignitatem* 27)

22 *Homilía en la concelebración con los nuevos cardenales en la plaza de San Pedro, 25 de marzo de 2006.*

23 De la homilía del cardenal Josef Ratzinger a los schoenstattianos reunidos en Roma con motivo del nacimiento del P. José Kentenich. (Roma, Santa María Mayor, 18 de septiembre de 1985)

24 RV 5.1. (Cf. a. 71)

25 “La comunidad realiza su misión en una variedad de servicios. Algunos de nosotros tienen como trabajo principal la predicación de la Palabra de Dios y guiar en la oración a la comunidad cristiana. Otros trabajan sobre todo en el campo de la educación y de la cultura; intentan mostrar que la persona humana sólo llega a su plenitud cuando responde al plan que el Señor tiene para cada uno. Otros, por el trabajo técnico, administrativo o doméstico, hacen presente a Cristo, “el hijo del carpintero”, en nuestro mundo y en nuestras comunidades.” (RV 69)

26 RV 10. Cf. RV 73.

27 RV 74; 5.10. “Bajo este título (la educación) -escribía el P. Chaminade- se comprenden todos los medios por los cuales se puede insinuar la religión en la mente y en el corazón de los hombres y llevarlos así, desde la tierna infancia hasta la edad más avanzada, a la profesión ferviente y fiel de un verdadero cristianismo.” (Constituciones 1839, a. 251)

28 Lc 1, 43.

29 Jn 2, 11.

30 Sin que ello signifique que dejamos de lado la visitación. El P. Chaminade encontró en este misterio un buen alimento de la contemplación de María como mediadora e instrumento de gracia. Le dedicó algunos sermones que también pueden ayudarnos a penetrar en su vivencia mariana. (Cf. EM I, nn 414-422; 473-481; 506-512)

31 Esta perspectiva es también la de la escena de la visitación en Lucas. La presencia y el saludo de María, portadora del Señor, santifica y llena de alegría al profeta y al sacerdote.

32 “Con la palabra *cultura* se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano. De aquí se sigue que la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico y social y que la palabra cultura asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En

este sentido se habla de la pluralidad de culturas. Estilos de vida común diversos y escala de valor diferentes encuentran su origen en la distinta manera de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de desarrollar las ciencias, las artes y de cultivar la belleza. Así, las costumbres recibidas forman el patrimonio propio de cada comunidad humana. Así también es como se constituye un medio histórico determinado, en el cual se inserta el hombre de cada nación o tiempo y del que recibe los valores para promover la civilización humana.” (GS 53)

³³ *Evangelii nuntiandi*, n. 20.

³⁴ *Del discurso que dirigió Benedicto XVI el jueves 21 de febrero a los miembros de la 35ª Congregación general de la Compañía de Jesús.*

Vale la pena completar estas palabras con estas otras del Cardenal Poupard, presidente entonces del Pontificio Consejo de Cultura, en una conferencia a la Fundación Universitaria Española, dada en Madrid el 28 de mayo de 2001. Hablando de la respuesta de la Iglesia a los desafíos de la modernidad, decía: “Quisiera, no obstante, apuntar a una tarea que me parece de capital importancia. Se ha escrito que la crisis que padecemos en nuestro tiempo no es una crisis de fe sino una crisis cultural. Es necesario por ello un compromiso valiente, creativo y decidido en el campo de la cultura. Por razones que sería largo de enumerar ahora, ha habido una deserción de los católicos en el campo de la cultura, del arte y de la creación literaria, abandonándolos a posiciones y modelos antropológicos deficientes. La Iglesia en Europa, y España no constituye una excepción, ha conocido un “desfondamiento intelectual” como no padecía desde hace tiempo, y se encuentra desprovista de figuras capaces de ofrecer una respuesta cultural alternativa.” Y añadía una advertencia a mi juicio muy importante para la Iglesia hoy: “No se trata de encerrarse en una cultura de ghetto, cerrada u hostil a la cultura ambiente, sino de asumir con decisión la cultura de nuestro tiempo para transformarla desde dentro, siguiendo el ejemplo de los Padres de la Iglesia. No se trata de crear centros de cultura católica sino centros católicos de cultura.” (Ecclesia [2001] p. 1209)

³⁵ MM 16.

³⁶ MM 22.

³⁷ Este quiere ser, por otra parte, el estilo de la Iglesia, tal y como quedó reflejado en el espíritu que subyace en los documentos del Vaticano II. “Una corriente de afecto y de admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno. Ha reprobado los errores, sí, porque lo exige no menos la caridad que la verdad; pero para las personas, sólo invitación, respeto y amor. El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo, en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores; en lugar de funestos presagios, mensajes de esperanza; sus valores no sólo han sido respetados sino honrados, sostenidos sus incesantes esfuerzos, sus aspiraciones, purificadas y bendecidas.” (Pablo VI, *Discurso de clausura del Concilio Vaticano II*, 7 de diciembre de 1965, n.9)

³⁸ RV 11.

³⁹ RV 43.

⁴⁰ Const. 1839, a.1-3.

⁴¹ RV 11. Conviene recordar aquí la circular nº 8 del P. José María Salaverri -*Encarnación y vigilancia* (8 de diciembre de 1984)- sobre este artículo de la Regla de Vida.

⁴² MM 9-10.

⁴³ GS 1.

⁴⁴ *Discurso de clausura del Concilio Vaticano II*, 7 de diciembre de 1965, nn 6-8.

⁴⁵ RV 72.

⁴⁶ RV 27.

⁴⁷ 1Pe 3,15.

⁴⁸ Ver, por ejemplo, *Vita consecrata*, nn 82 y 102.

⁴⁹ Basta recordar la vida de nuestro Fundador, la atención de las Congregaciones a los deshollinadores, los “niños de la calle” de su tiempo, a las mujeres marginales o marginadas, y su preferencia por la “educación de los más pobres y de los niños más jóvenes” (Const. 1839, a. 253), es decir, de los más necesitados, preferencia que el llevó a privilegiar la dedicación a la enseñanza primaria, verdadera carencia en el mundo más marginal de su época. En la misma línea, la Regla de Vida nos recuerda que “todas las obras apostólicas de la Compañía deben ser

accesibles a los menos favorecidos” (a. 2.11) y “al planificar nuevas actividades apostólicas debe darse una cierta preferencia a las que se orientan a los pobres e implican una mayor participación en su vida.” (a. 2.17)

⁵⁰ Esta distinción entre la “fe-obediencia” y la “fe-reconocimiento”, que se apoya en los relatos evangélicos de los milagros de Jesús, se evidencia de modo particular en el evangelio de Juan, que incluso las distancia en el tiempo. Pensemos, por ejemplo, en el caso del funcionario real (4, 46-54), en el del paralítico de la piscina (5, 1-15) o el del ciego de nacimiento (9, 1-38), el más evidente de todos por ser el signo del acceso a la fe. La confesión definitiva de la fe en Cristo acontece tras “haber manifestado su gloria” y ésta se manifiesta tras un acto de confianza en él y obediencia a su palabra: retornar a casa, coger la camilla y ponerse a andar, lavarse en la piscina de Siloé. En esta “distancia temporal” se inserta el camino catecumenal de formación en la fe, que va de la conversión a Cristo a la penetración y participación de los misterios de la redención por él operada. (Cf. *Ad gentes*, nn 13-14)

⁵¹ Como sabemos, éste es un tema recurrente en el evangelio de Juan. El acceso a la fe pasa por aceptar este testimonio. Cf. 4, 39-42; 5, 31-45; 10, 27-39; 12, 37-50.

⁵² “El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo.” (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, n.4) “La evangelización debe contener siempre —como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo— una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios. No una salvación puramente inmanente, a medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una salvación que desborda todos estos límites para realizarse en una comunión con el único Absoluto Dios, salvación trascendente, escatológica, que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad.” (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 27)

⁵³ EM II 81-82.

⁵⁴ EM II 833-834.

⁵⁵ *Carta a los predicadores de retiro...* (EM II 73)

⁵⁶ Jn 1, 19-28. A partir de este testimonio, el evangelista nos va describiendo la formación de la comunidad a base de encuentros con Jesús que se van sucediendo “al día siguiente” los unos de los otros. El cómputo de esos días, desde el día del testimonio de Juan hasta el de las bodas de Caná, es siete, una semana.

⁵⁷ Que el evangelio de Juan sitúe tanto el “primer signo” de la redención como la primera comunidad cristiana en Galilea y no en Jerusalén, es una muestra más, por una parte, de su particular polémica con el mundo judío, que ha rechazado la salvación ofrecida por Dios en Cristo, y, por otra, del carácter “excéntrico” de su comunidad en la Iglesia. Esta excentricidad, que tiene su manifestación más clara en la preeminencia que se da al “Discípulo Amado” sobre Pedro, es vivida, sin embargo, desde la comunión profunda: “un solo rebaño y un solo Pastor” (10, 16). La oración sacerdotal de Jesús manifiesta cómo el valor de la comunión es irrenunciable para el cristiano (17, 1-26). El reconocimiento en el epílogo de la misión de Pedro como el pastor del rebaño, la expresa de facto.

⁵⁸ Hch 2, 47.

⁵⁹ Hech 4, 32-35. Cf. 2, 42-47.

⁶⁰ “Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos”, dice el Señor. Cristo presente entre nosotros da inspiración y fuerza a la vida de comunidad y la convierte en signo ante los demás: “La señal, por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis los unos a los otros”. (RV 37)

⁶¹ *Evangelii nuntiandi*, n. 41. Juan Pablo II, recordando estas afirmaciones escribía a su vez: “El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión... La primera forma de testimonio es *la vida misma del misionero, la de la familia cristiana y de la comunidad eclesial*, que hace visible un nuevo modo de comportarse. El misionero que, aun con todos los límites y defectos humanos, vive con sencillez según el modelo de Cristo, es un signo de Dios y de las realidades trascendentales. Pero todos en la Iglesia, esforzándose por imitar al divino

Maestro, pueden y deben dar este testimonio, que en muchos casos es el único modo posible de ser misioneros. El testimonio evangélico, al que el mundo es más sensible, es el de la atención a las personas y el de la caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren. La gratuidad de esta actitud y de estas acciones, que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el Evangelio.” (*Redemptoris mis-sio*, n. 42)

⁶² El 15 de febrero de 1826, escribía al P. Pierre-Bienvenu Noailles, fundador de las Hermanas de Loreto y del instituto de los Sacerdotes pobres, que había entrado en contacto con él para una posible fusión de sus fundaciones con las de nuestro Fundador: “El espíritu principal de la Compañía es presentar al mundo el espectáculo de un pueblo de san-tos, probando con ello que hoy, como en la primitiva Iglesia, el evangelio puede ser practicado con todo el rigor del espíritu y de la letra.” (L II, n. 388, p. 177)

⁶³ RV: “Nuestros orígenes”.

⁶⁴ RV 9. Y también en el artículo 34, que abre el capítulo sobre la comunidad de vida: La comunidad marianista quiere ser imagen de la primera comunidad de los discípulos de Jesús unidos a María y llenos del Espíritu Santo. Vivimos en comunidad para dar testimonio del amor de Dios, llegar a la santidad y realizar nuestra misión apostólica.”

⁶⁵ RV 35.

⁶⁶ RV 70.

⁶⁷ RV 67.

⁶⁸ RV 63.

⁶⁹ RV 1.1-1.3.

⁷⁰ EE 24-c.

⁷¹ RV 15.

⁷² EM II 77.

⁷³ Card. Godfried Danneels, *Le feu de l'Esprit. Paroles de vie... Pentecôte 1987*, p. 13.

⁷⁴ La cita está sacada de la versión española: *María, Madre del Señor*, Barcelona, Herder, 1967, pp. 42-46.

⁷⁵ EM II 73-74.

⁷⁶ Cf. *Marialis cultus*, Introducción y nn. 24-28.